

Página lírica

del Presbítero A. H. Pallais

(Enviada por el autor al *Rep. Am.*)

Balada primera del que oía y oía y oía y nunca quería dejar de oír el Minuet de Paderewski

¡Hermanos míos todos,
regocijaos conmigo!

Tú, ciervo asustadizo
que huyes de tu misma sombra,
ciervo de Arévalo Martínez, que tiemblas
y tiemblas y tiemblas con miedo cerval.

Y tú, cabra, princesa
de juegos peligrosos
y locas aventuras
y fiestas de circo,
para las ingenuas almas primitivas.

Y tú, ojo de agua, también
tú, que me recuerdas
el «vuelve a nosotros esos tus ojos»
de la divina Salve.

Ojo de agua que miras
y miras y miras,
con ojos piadosos, mucho más piadosos,
que los cèlebrados,
en el mañanero fresco madrigal,
que mira con ojos claros y serenos.

Y tú, danza,
dulce palomita,
de las ocarinas y de las marimbas,
y de la guitarra,
—niña doceañera con los pies descalzos,
niña doceañera de cabellos sueltos—,
y de la guitarra que mariposea,
y corta las rosas en juegos de *re*,
y exprime las uvas en bailes de *la*.

Y tú, danza,
dulce palomita de los violoncelos,
voz de árbol mojada,
silencio nervioso de las hojas verdes
que hablas en voz baja,
tan baja, que oímos, sube de la tierra,
la misa solemne cantada del mar.

Danza gregoriana,
y benedictina,
ven, a beber vino
puro d'alegría,
pues, en el teclado con divinas manos
juega Paderewski.

Y tú, estrella,
estrella mía que estás tan lejos
de Rubén,
Lega de la estrellas,
Clarisa,
que miras, con miradas de Dios, en tus miradas,
ven, pues Paderewski gotea la canción
de todos los hermanos de mi constelación.

Y tú, mar,
Mar Ruidos sin nombre,

mar de las mil noches y de los mil días,
libro de San Pablo, gloria de Simbad,
dorado racimo de uvas predilectas
que tuvo en sus manos Cristóbal Colón,
mar hospitalario, mar de los piratas,
mar de golfo dulce, mar de las tormentas,
Rojo, Blanco, Negro, Azul, Amarillo,
Mar Desmesurada Boca, tiburón
que tragas y nunca dejas de tragar.

Tú, mar, más que nadie,
pues, eres
nuestro desdoblado corazón de afuera
que canta sus misas en el caracol.

Tú, mar, más que nadie,
pues, eres
un órgano para tocar el *Minuet*
de Dios.

Tú, mar, más que nadie,
pues, eres
capilla sixtina
y escuela *cantorum*, cantando a tres voces,
solemne, solemne, solemne la misa
de las hojas verdes de los violoncelos,
de las ocarinas y de las marimbas,
y de las guitarras, ardillas traviesas,
que juegan y juegan en días de *re*,
que bailan y bailan en noches de *la*.

Tú, mar, más que nadie,
pues, eres
masculino, femenino, neutro,
epiceno, común y ambiguo,
ven a beber vino
puro d'alegría,
pues, en el teclado, con divinas manos
juega Paderewski

Balada segunda del que oía, y oía y oía y nunca quería dejar de oír el Minuet de Paderewski

¡Hermanos míos todos
regocijaos conmigo!

Oyes? Blanca Nieve, también el oído
tiene sus espejos. Visión Milagrosa.
Toca Paderewski. Y oyéndolo, vemos a Dios cara a cara.

Oyes, Blanca Nieve!
Es Caperucita
niña tan pequeña, que no sabe cómo
dejar su carrera tras las mariposas.
Oye, Primorosa,
¡que oyeras! ¡que oyeras!. sólo así podías
librarte del lobo.

Y Bella Durmiente? Por fin ya sabemos
cual es el encanto de vivir dormido.
Juegue Paderewski, juegue con sus manos,
y Bella Durmiente serás, alma mía.
Pasó la calumnia? Pasó la blasfemia?
Quién sabe, durmiendo bajo el dulce encanto
del sueño, goteas, vida tu canción